

dena, habiéndose sacado una de 300 quintales de peso; todas las operaciones se ejecutan con perfección e inteligencia, por lo que no ocurren desgracias; a medida que las escavaciones avanzan en profundidad, se abren caminos para retirar el mineral, lo que se practica con caballerías menores; a la terminación del año minero, que es en fin de mayo, se preparan los sitios de labor para el siguiente, que se reduce a apertura de varios pozos, a los que se desciende por una sogá suspendida de una garrucha, se buscan las vejigas que se ha dicho aparecen entre las capas que separan el mineral, y encontradas, se suspenden los trabajos durante los meses de junio, julio y agosto, en que los grandes calores y desarrollo de las tercias, a causa de las aguas estancadas en los arrozales, impiden la continuación”.

El beneficio del mineral se realizaba mediante procedimientos no menos rudimentarios. Habiéndose ensayado un molino con escaso éxito, el triturado previo continuaba haciéndose por tracción humana. Luego se separaba el ocho por cien de mena mediante licuación, sometiendo el mineral a fuertes temperaturas en rudimentarios hornos. “La fábrica antigua, y la moderna construida en 1840, forman dos edificios unidos; entre las dos reúnen 16 hornos, 10 con 30 crisoles cada uno, cuyo combustible es atocha, y 6 en los que se quema leña, con solos 15 crisoles; por lo que los mineros los llaman medios hornos. Además de la fábrica, hay pertenecientes a la misma, y algo retirados, los edificios siguientes: capilla, almacén, casas para el administrador y contador, otras dos o tres para los demás empleados, cuartel para los jornaleros, y en el mismo el cuarto de herramientas, tienda de combustibles y habitación del guarda” (31).

Diez años más tarde, extracción y beneficio no habían experimentado progreso tecnológico alguno. “En el día se verificaba la explotación abriendo hoyos de quince o veinte varas de profundidad en terrenos estériles, para dejar al descubierto las capas de azufre, e ir las arrancando sucesivamente. Ahora, para tener una idea de la bondad de estas minas, baste decir que con diez y seis hornos, todo lo mal dispuestos que es posible, se han llegado a obtener treinta y ocho mil arrobas de azufre en un año” (32).

El elevado rendimiento de las mejores vetas y la ausencia de toda competencia, potenciaba sin embargo un ilusorio optimismo oficial sobre la marcha y futuro de esas minas. Así se manifestaría, verbigracia, con ocasión de la exposición sevillana de 1858, en que una colección de muestras del azufre de Hellín merecieron un galardón especial. “Su variedad, las diversas operaciones que sufre y los productos que rinde —rezan las actas del certamen (33)— demuestra la inteligencia y acierto con que está dirigido este importante establecimiento del Estado, y el interés con que se mira el beneficio de esta materia primera que tanto abunda en nuestro suelo, y que tan halagüeño porvenir ofrece a la industria del país...”.

---

(31) *Ibídem*.

(32) *El Faro Cartaginés* (Cartagena), 1 mayo 1855.

(33) *Acta de la Adjudicación de Premios a los dueños de los objetos presentados en la Exposición sevillana de 1858*, BOMF, XXVI (1858), p. 452.